

EL PORVENIR DEL OBRERO

La evolución anarquista

(De *Les Temps Nouveaux*)

Los partidos políticos, las agrupaciones, cualesquiera obras de propaganda, tienen, de vez en cuando, la satisfacción reconfortante de poder apreciar la eficacia de sus esfuerzos, gracias á la comprobación precisa y exacta de los resultados obtenidos. Los partidos políticos ven esos resultados en el aumento de votos; las sociedades de propaganda en el número de adherentes; unos y otras por multitud de signos tangibles é informaciones numéricas que estadísticas ciertas les proporcionan.

Los anarquistas, que no se han constituido en partido político, que no están ligados por estatutos en asociación, carecen ordinariamente de los datos necesarios para juzgar la extensión progresiva de sus ideas. Entre ellos no hay votaciones, ni referendums que les permitan contarse. Se ven obligados á leer é interpretar los hechos sociales, diagnosticando de algún modo los síntomas que se manifiestan en la vida social.

Naturalmente esta interpretación escapa á muchos. Así oímos con frecuencia quejarse algunos de que las ideas «no marchan», de que los anarquistas «no hacen nada». Sería necesario para esos descontentos, poco clarividentes en mi opinión, que la vida abundase en afirmaciones bien caracterizadas de pura é integral ortodoxia anarquista. Ningún hecho merece su atención si no lleva bien ostensible la estampilla anarquista. Fuera de esta condición, ya ningún interés ofrece.

Su error proviene, en mi sentir, de un falso concepto del anarquismo. El anarquismo no es una fórmula doctrinal susceptible de ser fijado en un evangelio ó un catecismo. Es algo más amplio y más complejo. El anarquismo es la liberación completa de la mentalidad humana de todos los prejuicios, de todos los dogmas y de toda subordinación á una dirección que no sea la razón individual. Por lo tanto, cualquier hecho, cualquier acto que tienda á este fin debe ser tenido por un progreso hacia el anarquismo.

En sus orígenes, el pensamiento humano, por razón de la ignorancia de las causas, estuvo expuesto á una multitud de ideas preconcebidas, de nociones *a priori*, siendo presa fácil para numerosas subordinaciones servidumbres. Las religiones, bajo formas de brujería más ó menos acentuadas, le subyugaron y le cargaron de cadenas de que ha llevado siempre y llevará mucho tiempo aun las trazas. Con y después de las religiones, se establecieron otras autoridades, superponiendo sus opresiones y aplicándose á orientar el pensamiento en el sentido más

favorable á su dominación. Se puede decir que toda destrucción de alguna de estas opresiones, cuando no se la sustituye por otra, y hasta cualquier disminución de alguna de esas servidumbres, es un paso hacia el anarquismo.

Hay que estar ciegos para no ver con que rapidez la humanidad en nuestra época se libera sucesivamente de los múltiples obstáculos que estorban el vuelo del pensamiento. El espíritu crítico, cuyo desarrollo ha sido tan rápido desde hace algunos años, poco á poco ha destruido la pretendida legitimidad, el malsupuesto sólido fundamento de una multitud de principios en nombre de los cuales durante tan largo tiempo se había tenido prosternada á la humanidad. Asistimos en estos momentos á una *débacle* magnífica de los dogmas de todo género que durante tantos siglos obscurcieron el pensamiento humano: dogmas religiosos, dogmas morales, dogmas filosóficos, dogmas políticos, dogmas económicos. Todo se agota, todo se hunde, todo va hacia el anarquismo.

Que se tranquilicen nuestros malhumorados compañeros! Que sepan mirar á su alrededor! ¿No ven como especialmente el dogma que más les inquieta, aquel cuyo odio les obsesiona más obstinadamente, ya no resiste mejor que los otros al torrente de verdad que barre y se lleva las viejas creencias? El mismo dogma político, en cuya observancia los hombres han abdicado tanto tiempo su libertad, su iniciativa social, vacila sobre su base.

Durante mucho tiempo se ha creído que la multitud, el populacho, esa masa para quien no se escatimaban los desdenes, sería eternamente inepta para organizarse por sí misma y espontáneamente, para dirigir sus propios asuntos, y que su propio interés le ordenaba encargar el cuidado de dirigirla á un número más ó menos considerable de hombres que se decían más ilustrados ó más dignos.

Pero esta masa, explotada, oprimida á capricho, después de vanas revueltas ciegas, después de haber confiado sus destinos sucesivamente, y siempre con el mismo mal resultado, á innumerables charlatanes, al fin reflexionó y fué adquiriendo poco á poco más confianza en su propia capacidad de organización y se atrevió á ensayar organizaciones embrionarias. Estos embriones se han desarrollado, han crecido, se han prestado un recíproco apoyo, y hoy día esta masa, más consciente de su fuerza, no sólo piensa conseguir su autonomía, sino que piensa llegar á ella por sus propias fuerzas, sin el engañoso apoyo de los aludidos charlatanes.

Tal es la significación de lo que acaba de

ocurrir en el Congreso de Amiens. Con esa calma que da el sentimiento de la propia fuerza, los trabajadores reunidos han rechazado las demasiado interesadas ofertas de alianza que les hacían los políticos socialistas. Los obreros, al fin conscientes de su potencia de acción, en camino de constituirse en clase, pretenden llegar sólo á esta constitución, sin compromiso con los capitalistas encubiertos bajo una etiqueta más ó menos sinceramente socialista, y no sólo pretenden llegar solos á esta constitución, sino que piensan, cuando su organización les haya dado la fuerza, conquistar, solos igualmente, su emancipación.

¿No es esto anarquismo, compañeros? ¿No se halla la marca indubitable de la evolución anarquista, que adelanta irresistiblemente en todas las ramas de la humana actividad, al mismo tiempo que se desarrolla la documentación científica del espíritu humano?

Esta evolución es indudable. Si las manifestaciones no llevan la etiqueta de conformidad con la fórmula fijada *a priori*, no son por ello menos características y permiten, á quien sabe interpretar los hechos sociales, seguir paso á paso la marcha inevitable hacia la autonomía del individuo y de los grupos espontáneamente constituídos ó disueltos por la libre iniciativa reflexiva y consciente de los individuos, que es lo que constituye, ni más ni menos, el concepto anarquista.

ANDRÉ GIRARD

Juventud

Hay personas graves, altamente graves y altamente imbéciles, que extienden la mano sobre nuestras cabezas y nos dicen con tono apocalíptico:

—Sí... Todo eso es propio de la edad. Ustedes tienen muy pocos años. Cuando vayan siendo viejos, ya verán cómo se enfrían sus impetuosidades.

Nos dice esto cualquiera de esas personas, y añade en seguida:

—Yo también, cuando era joven, pensaba así. Pero la experiencia... la experiencia...

No dice más. Si acaso, murmura entre dientes, como para convencerse á sí mismo: «la experiencia...» Y se calla, se calla en la misma forma grave con que habló, se calla tristemente, después de haber confesado su decrepitud y su inutilidad.

Nosotros no nos llamamos nunca. La experiencia... ¿Y qué cristo es eso? Se viene á la vida con una olla de cocer garbanzos sobre los hombros, se nutre el estómago durante un largo período con los garbanzos cocidos en ella y se muere sin haber extraído al propio vivir más que una sola deducción: la de que al calor de tal ó cual personaje se cuecen los garbanzos mejor que al de tal ó cual otro. Esto es, en suma, la experiencia de que hacen gala nuestros destructores. Valé bien la pena de que nos riamos á costa suya.

Contra esa experiencia, nosotros los jóvenes—jóvenes de espíritu, aun cuando algunas de nuestras cabezas se hallen cubiertas por cabelleras blancas—erguimos el cerebro, donde no se cuecen garbanzos, sino que se gestan ideales. Nuestra experiencia es el estudio. Observamos, pensamos, lo sometemos todo á nuestra crítica y nos formamos así una mentalidad independiente. Somos pasionales, somos violentos, somos impulsivos tal vez. Y estamos contentos de ser como somos. El amor nos hace grandes. El odio nos hace fuertes. Fuertes y grandes en el amor y en el odio; nosotros entonces en las barricadas un himno á la belleza y ascenderíamos las gradas del patíbulo con la sonrisa en los labios. Nuestra impetuosidad se justifica con nuestra juventud nuestra juventud se justifica por sí misma.

* *

He dicho que las diatribas de nuestros detractores son una confesión de su decrepitud. Lo repito. Consciente ó inconscientemente, los que censuran nuestros ardores juveniles experimentan la tristeza de su vejez y quisieran ser, como nosotros, impetuosos y entusiastas. Pero no lo son, porque lo han sido y han claudicado, los unos. No lo son, por falta de fibra, los más. No lo son y envidian á los que lo somos.

Nos ven reír, en medio de nuestros propios dolores, con risa que explota como una bomba. Nos ven rugir, en medio del dolor ajeno, con rugidos vibrantes y gloriosos. Ellos no saben reír. No pueden rugir. Son los vencidos de la vida, son los caídos, son los apóstatas, son los cobardes, son los eunucos. No están de acuerdo con el ambiente; pero les faltan bríos para rebelarse contra él. Les faltan bríos también para concebir el poderío de los bríos ajenos.

Oídos:

—Sí... Un mundo como ustedes lo pintan sería muy bueno. Pero es imposible... imposible...

Y nos ven desnudos en el combate, desafiándolo todo valientemente. Y se asustan, como se asusta un chiquillo que presencia la lucha de dos hombres. Y envidian nuestra fuerza, como envidia el mismo chiquillo la de los dos hombres que mira luchar.

A veces exclaman:

—Pero á nosotros nos agrada mucho dormir con un gorro en la cabeza. ¿Quién nos iba á dar gorros en la sociedad futura?

Y aun cuando sientan sobre sus costillas el peso de toda la iniquidad reinante; aun cuando comprendan que la sociedad de hoy es antinatural é inaguantable, como dudan que en la sociedad futura puedan dormir con gorro, se pegan igual que lapas á todas las instituciones y vociferan contra aquellos que nos hemos propuesto destruirlas.

* *

¡Ah, los hombres graves, sesudos, indiferentes! Prefiero con toda mi alma á los fanáticos, á los reaccionarios, á los sectarios. Estos aman y odian. Si se consigue orientar convenientemente sus pasiones, se aumentan con ellos nuestras filas. Si no, se combate contra ellos, porque enseñan el pecho y se les puede herir. Los indiferentes no. Ni son amigos ni son adversarios. Lo son todo y no son nada. Su muerte será más triste que su vida, porque no caerán heridos en el pecho. Caerán á nuestro empuje y serán pisoteados por nuestras plantas.

JULIO CAMBA

¿Civilizados?

Es tan grandiosa y humana nuestra civilización, que, sin temor á equivocarnos, podemos asegurar que causa *envidia y admiración* á los pueblos que yacen en la *ignorancia* y la *barbarie*, por más que nuestras costumbres y moralidad están muy por bajo de las costumbres y moralidad de los pueblos llamados incultos y salvajes, pues á pesar de nuestra decantada y brillante civili-

zación sólo componemos en realidad una nación de imbeciles, inútiles y castrados moral y casi materialmente.

Hay quien cree que es al cristianismo á quien debemos la gran civilización con que nos aparejamos los cultos é ilustrados hijos de Europa. Y no les falta razón á los que tal aseguran. En los pueblos que, *desgraciadamente*, están regidos por diferentes códigos de moral vemos la abyección reinando en medio de la mayor pompa y magnificencia, la esclavitud en unos, la tiranía en otros, la mujer degradada y prostituída hasta lo infinito, el temor al castigo como único medio que contiene á los hombres en sus luchas por la existencia, los seres divididos en clases, las propiedades inseguras, la guerra cruel y sanguinaria convertida en oficio y la inhumanidad y los castigos en ley para los que se atreven á pensar en algo mejor que lo presente. En algo nos teníamos que diferenciar nosotros los *civilizados* de los países salvajes que se rigen por una moral que difiere en gran manera de la ética que entraña el cristianismo.

Pero, ¿son verdaderamente pueblos civilizados y cultos los que se rigen por la moral que enseña el cristianismo? Creemos que muy prematuramente nos hemos colgado el título de civilizados y cultos; y decimos esto porque existen, á pesar de la moral cristiana que tanto preconizan algunos *creyentes*, tales creencias, usos y costumbres que son verdaderos borrones para la humanidad.

Pero, después de todo lo dicho, ¿qué entendemos por civilización? Hay tantos modos de ver y apreciar esta cuestión, que, la verdad, no sabemos á qué carta quedarnos.

Hay quien envidia en medio de su civilización á los pueblos salvajes que habitan en el centro de regiones casi desconocidas. Hay otros que al dirigir sus ojos al porvenir, creen vislumbrar una esperanza que les promete un próximo estado de felicidad completa. Hay quien vuelve la vista al pasado con envidia, creyendo que cada paso que damos es para extraviarnos en un confuso laberinto sin norte ni salida. Otros no ven más que maldades, tiranías, desconciertos, disparates y locuras en esta jaula de orates que habitamos. Este mira y cuenta la suma de invenciones y descubrimientos en las ciencias y en la industria y cree que ninguna edad igualó á la nuestra. Aquel recorre las pasadas épocas, ricas en monumentos grandiosos del arte, y comparándolas á la pobreza y vacío de la presente, nos juzga muy pequeños. Unos encomian el espíritu reformador de las modernas generaciones. Otros creen que por cada abuso que se corrige se engendra un centenar de abusos nuevos. Quien compadece la abyección en que vivieron nuestros antepasados, sujetos al capricho de los poderosos é ignorantes de sus derechos. Quien prefiere la ausencia de fe política á la carencia de te religiosa que en cambio animó á nuestros abuelos. Los vicios, en opinión de unos, se aumentan, el lujo crece, los crímenes son más refinados, la ambición más desmedida, la lucha de intereses más abierta y encarnizada y la moral más corrompida. En opinión de otros la ilustración moderna da un carácter más humano á las sociedades actuales, el mundo marcha, los hombres se mejoran y el progreso es un hecho incontestable.

Ahora bien; si por civilización se entiende ilustración, justicia, moral y acuerdo universal de las conciencias de los pueblos en las materias que más les interesan, confesamos que todavía está muy lejos la sociedad de llamarse civilizada á pesar del adelanto material que se observa y en cuya esfera ha dado el siglo XIX pasos asombrosos.

¿Qué civilización es esta en que el individuo, asustado de la lucha que tiene que sostener en este piélagos de encontrados intereses, teme dar principio á una nueva familia y huye del matrimonio como carga muy pesada para sus hombros? Y ¿qué se

entiende por moral en estos grandes centros que el cristianismo *civilizó*, cuando el único dios que se adora es el oro, porque da el sumo poder, y sólo se piensa en satisfacer los apetitos carnales, fomentando por tal medio la prostitución y los vicios más asquerosos y repugnantes?...

Mientras existan las preocupaciones y la servidumbre, debemos dejar de llamarnos civilizados. Aún la benevolencia y la fraternidad son desconocidas entra las naciones que se tienen por cultas. Todas tienen la mejor opinión de sí y la peor de sus vecinos. Aún son tan celosas y enemigas unas de otras. Los despojos, las invasiones, las detenciones injustas, las tiranías manifiestas, son entre ellas cosa de cada día mientras hablan muy alto de justicia, de derecho, de equidad y de... civilización.

Es por lo dicho por lo que creemos que muy prematuramente nos hemos adjudicado el nombre de civilizados; pero al mismo tiempo confesamos que existe un gran estímulo para avanzar hacia la mayor perfección, vemos caer á tierra diariamente abusos y preocupaciones, conocemos el mal que nos rodea y su único remedio, que es la mitad del camino que tenemos que andar; se sabe que la libertad es la que ha de resolver todos los problemas humanos, y, sobre todo, comienzan á aprender los hombres cuánto vale la conciencia de su dignidad y sus derechos, y sólo esta noción, que se extiende, implanta y arraiga en todos los pueblos, nos justifica del prematuro engalanamiento de civilizados que nos hemos abrogado.

FRANCISCO REY

Huelguistas

La vida se va haciendo imposible. He aquí la afirmación de los que monopolizan la vida. La extraña paradoja lleva camino de trocarse en verdad inconcusa. A la manera que el vate latino abominaba de la rima en exámetros, así hablan pestes de la existencia precisamente aquellos para quienes existir es un bien.

Y ¿por qué no se puede vivir? ¿Es tal vez porque el egoísmo y la sensualidad han hecho desaparecer del mundo sus causas? ¿Es acaso porque los fuertes agobian á los débiles, ó porque una falsa concepción de la vida y la realidad entorpece toda actividad y estorba y dificulta todo progreso? No. En sentir de los que tienen el pan y el firmamento seguros, no se puede vivir porque los trabajadores se declaran en huelga y cada día piden una concesión nueva, un flamante y discutible derecho, planteando problemas y creando dificultades que traen aparejados la intranquilidad con el sobresalto.

Comprendo la indignación de las viejas burguesas devotas, á las cuales desasnar es un crimen, en la culta opinión de algunos cronistas. Ellas viven sin trabajar en la tierra y se adormecen con la perspectiva de una eterna bienaventuranza. Sus maridos han sido complacientes y las han dejado cuchichear con hombres sagaces y pletóricos antes y después de Pascua florida. Por su parte, el esposo, tan manso y pacífico en este punto, ha sido una fiera para agenciarse un desahogado bienestar. Ha vendido alimentos adulterados, ó ha administrado con manos puercas, ó ha prestado al ciento por uno, ó ha hecho mercado de la ciencia, de la justicia, de la política ó de la integridad de la patria. Eso sí; á la sazón está muy contrito, y es lo que se llama en el argot de la clase media *toda una persona decente*.

Y ahora, cuando se ha comenzado á vivir tranquilo, he aquí que los obreros protestan y amenazan con algaradas y disturbios. Lo dicho: no se puede vivir; todo está desquiciado. ¿Para cuándo son los cañones? ¿Para qué día está reservado el famoso rayo de Jehová?

Por su parte, el trabajador no acaba de convencerse de que el buen Dios, tan indulgente para aquel que explota al obrero, no ha de ser piadoso algún día con quien no hace sino pedir un real más para el alimento de los suyos ó una hora más para el solaz ó el sueño. También él tendrá su buen punto de contricción y será perdonado como el panadero que le estafa, el lechero que le envenena, el patrón que le exprime, el fraile que le engaña, el general que le sacrifica ó el magistrado que le condena. Y convencido de que no es su maldad la que irrita al cielo que nos da la peste, se asocia, discute, huelga, pide y combate, si es preciso, en nombre de su mujer que ve desnuda y de los hijos que se le mueren en un rincón.

No creo que sea esta la opinión del señor Urquijo; digo de ese presidente de la Diputación vizcaína que, según confiesa, aborrece á la Prensa, es decir, á la letra de molde; y leyendo lo que de él cada día se escribe, hay bien para qué. Pero es la opinión de los trabajadores de España. Es una atrocidad declararse en huelga; pero que no lo diga esa burguesía, bien retratada por Jaurés, holgona todo el año, que, falta de sentido moral, esconde bajo la hipócrita máscara de la religión la falta de ideales más vergonzosa y absoluta.

Once ó doce horas en una mina... No es mucho para quien tiene papel estampillado ó ha contratado suministros para la guerra. Seis días sin comer. No es largo plazo para quien dispone de nómina ó cupón, disfruta empleo ó maneja expedientes. Para quien está en una esquina con las cuerdas al hombro, ó en el campo esgrimiendo una hoz, ó en el andamio dando de llana, ó en el mar echando las redes, ó en las minas alzando el pico, una hora de trabajo, un real de jornal, bien valen una leve protesta.

Para el obrero es triste, es dolorosa una huelga. El paro supone para los suyos, hambre y frío, discordia y desesperación; todas esas profundas amarguras que describe con su inspiración maravillosa Copée en *La huelga de los herreros*. ¿Es posible que los trabajadores se lancen á ella sólo por satisfacer un rencor, por desahogar un odio, por satisfacer un capricho vano? Si la jornada de ocho horas tiene hoy defensores entre las clases más elevadas y entre los más sensatos hombres de gobierno, ¿por qué disputar abominable que los obreros de las minas reclamen nueve? Si los que disponen de renta ó empleo aseguran todos los días que con diez pesetas no se puede vivir, ¿por qué hemos de obstinarnos en juzgar enviable la situación de los infelices que ganan dos?

Un día llegará—ni dudarle cabe—en que estos conflictos entre el capital y el trabajo desaparecerán para siempre. Pero entonces es más que probable que haya desaparecido esta burguesía, sierva de los de arriba, déspota insufrible de los de abajo, que simula una fe que no tiene, que bajo el manto de Juvenal siente todas las ansias de Sardanápalo y que quiere detener la marcha del tiempo en nombre de una moral que no practica, ni comprende, ni reverencia en el fondo del corazón.

ANTONIO ZOZAYA

¡Hipócritas!

El diario conservador tiene la costumbre, ya muy antigua, de no comprender, y esto le ocasiona chistosas caídas. La última ha sido el tomarse en serio á «nuestra aristocracia», de que se ha burlado hasta *La Voz de Menorca*, que no suele gustar de bromas.

El Bien Público habla muy gravemente de si nuestra aristocracia tiene derecho ó no tiene derecho á manifestar sus opiniones, cuando en realidad no hay tal aristocracia ni tales opiniones, ni cabeza donde éstas se alberguen.

¿Dónde ha descubierto *El Bien Público* algo que merezca el nombre de aristocracia? Entre los amigos del colega no hay antigua nobleza, ni grandes capitalistas, ni nada que por su valer ó buen gusto merezca titularse aristocrático. Lo que hay son muchas pretensiones, mucho «quiero y no puedo», mucha ropa sucia cubierta con colorines y mucho vicio que procura disfrazarse bajo la ya vieja y desacreditada máscara de la religión.

No puede sufrir el colega que se llame hipócritas á sus amigos y dice que esto es contrario á la libertad. ¿Qué entenderá por libertad el diario de los conservadores?

Todos somos libres de ir ó no ir al teatro cuando nos parezca, como deberíamos serlo de ir ó no á misa. Pero los católicos, cuando mandaban de veras, no se contentaban con insultar á los herejes, sino que les quemaban en la plaza pública. Ahora los católicos se quejan y aseguran que estamos en plena persecución de cristianos, como en los tiempos de Nerón, porque no se les permite que quemem á los que no comulgan con las ruedas de molino del catolicismo. Ahora ¡pobrecitos! no tienen libertad sino para insultar á los masones, á los socialistas y anarquistas, á los liberales de todo género y matiz, desde los pulpitos de las iglesias, en los diarios católicos, en las pastorales de los obispos y hasta en las encíclicas del Papa. Y por añadidura, no contentos con insultar y no pudiendo quemar, perjudican cuanto pueden, por todos los medios, á los que no son suyos ó no se les someten incondicionalmente. QUITAN al obrero el jornal, al comerciante la parroquia, al abogado y al médico la clientela y á todos la honra, cuando no pueden causar mayores males. ¡Y luego se quejan si alguno, viendo lo que son por dentro y lo que quieren aparentar, les llama hipócritas!

Contraria á la libertad es la violencia, la coacción que ejercen los clericales siempre que pueden. Pero el calificar esta conducta, aunque sea con merecida dureza ¿porqué ha de ser contrario á la libertad?

Si los clericales se viesen privados de los medios de ejercer violencia, si no tuviesen contra sus enemigos más arma que el poder expresar el juicio que les merece la conducta de estos, lejos de pensar que tenían exceso de libertad, se crearían víctimas de una opresión tiránica y se quejarían mucho más que ahora que tienen el derecho del insulto, de que usan y abusan, y además se les permiten todavía una porción de violencias, directas é indirectas, contra la libertad de los demás.

En un régimen de libertad, la primera es la libertad de las opiniones, el libre examen, y esta libertad es el mejor castigo de los que obran mal y merecen, por lo tanto, la censura de los que les rodean.

Pero los clericales entienden estas cosas á su manera y gritan que se les persigue cuando no se les deja que quemem herejes con todo el aparato que se usaba en tiempos del Rey Hechizado. En cambio, si los del otro bando se atreven á emitir un juicio, por muy modesto y razonado que sea, entonces ya no es libertad sino libertinaje y abominación.

Díganos, pues, el diario de los conserva-

dores: si no les llamamos hipócritas, ¿cómo hemos de llamar á los que bajo la forma puramente externa de la virtud encubren sus concupiscencias, sus vicios, sus egoísmos, sus rapacidades, sus ambiciones malignas y todo lo que hay de repugnante é indigno?

Sepulcros blanqueados, les llamó el Cristo; blanca por fuera, corrupción por dentro.

¡Valiente aristocracia la de los amigos del diario conservador!

JUSTO SENCILLO

Por Ferrer

Los estudiantes liberales de Lieja (Bélgica) celebraron el 21 de diciembre último un gran mitin por la libertad de Ferrer.

Habló primero M. Moris, presidente de la Federación de los Estudiantes Liberales Unidos, declarando que el acto responde al propósito de protestar enérgicamente contra el crimen que intenta cometerse en España y añade: «Al gran número de manifestaciones de solidaridad contra la injusticia, organizadas en las principales ciudades de Inglaterra, Francia, Italia, Holanda, Bélgica, etcétera, unimos la nuestra, esperando que la opinión pública, que salvó á Dreyfus, arrancará su presa á los inquisidores españoles.» También hace notar que esta cuestión ha unido á todos los hombres amantes de la verdad y de la justicia, de modo que «liberales moderados y progresistas, socialistas y librepensadores, haciendo tregua á sus querellas particulares, vienen á animarnos y sostenernos.»

Leyéronse varias cartas de adhesión é hizo uso de la palabra el elocuente orador español Tarrida del Mármol.

Agradece á la democracia belga su admirable impulso de fraternidad hacia un hombre que ha puesto su inteligencia, su energía, su valor, todo cuanto es y puede al servicio de la revolución, de la enseñanza popular y de la democracia anticlerical. Dice que le ama como á un hermano, porque Ferrer estuvo en Londres para protestar con los ingleses contra los horrores de Montjuich, luego fué á París en ayuda de Malato y siempre acudió á donde era preciso combatir á la injusticia y á la opresión.

Habla Tarrida de los dos procesos de Montjuich, uno desconocido en el extranjero, el otro de fama universal; luego explica los «complots anarquistas», causando entusiasmo en el auditorio por la claridad y precisión de los datos y por la elocuencia de la exposición.

Leyóse una comunicación de M. George Bert Ward secretario del Comité inglés «Pro Ferrer», dando cuenta de una decisión votada por la Conferencia del Labsur-Party y de las Trades-Unions en Liverpool, protestando enérgicamente contra la prisión del señor Ferrer y reclamando la libertad del mismo, la devolución de su fortuna y la reapertura de las escuelas de educación racional; también se hace constar que los actos arbitrarios de los gobiernos son ocasionados á multiplicar los actos de violencia.

Del jefe del partido obrero inglés, M. Keir Hardie, se leyó un telegrama de adhesión á los organizadores del mitin.

Por último, M. William Haford, secretario de la Federación de los librepensadores de Inglaterra, envía su adhesión en nombre de dicha Federación haciendo constar que Ferrer es víctima del jesuitismo, que en siglos pasados llevaba á los librepensadores á la hoguera; en España, presa todavía de los mismos crueles sacerdotes, permanece el mismo espíritu inquisitorial, de que Ferrer ahora es víctima. Añade que no se castiga á Ferrer por un crimen que no ha cometido, sino que se castiga al propagandista de ideas de redención intelectual y moral, al negador de todas las necedades de la superstición. La declaración escrita de m. ter

Willian Haford termina con estas palabras: «El movimiento mundial en favor de Ferrer y de la Escuela Moderna, que va aumentando cada día, ha surgido en los corazones generosos de los intelectuales de todas las clases y de todos los países. Imposible sería reunir tantos elementos diversos de progreso, y agruparlos en tal impulso de generoso entusiasmo, si hubiera la más mínima duda de complicidad entre Ferrer y Morral ó la menor prueba de que pudiera haber relación entre la obra de la Escuela Moderna y el atentado del 31 de mayo. *Nadie cree que Ferrer sea culpable del crimen de que se le acusa*, ni el mismo Gobierno español, ni su fautor el inefable Becerra del Toro. La única bomba que ha lanzado Ferrer es la de la instrucción racional. Para castigarle por ese hecho humanitario y salvador, y para aniquilar los templos de ciencia que habrá creado por su bondad, se trata de imponerle la suerte cruel de los mártires gloriosos del librepensamiento.»

Termina el acto M. Georges Lorand, dirigiendo acerbas censuras á los clericales y proponiendo la adhesión al acto celebrado el día 11 en Bruselas sobre el mismo asunto.

Continuarán celebrándose mitins y conferencias en toda Europa, hasta lograr que la verdad resplandezca y la justicia triunfe.

A los esperantistas

Hacemos saber á nuestros compañeros conocedores del «Esperanto» que pronto aparecerá redactada en dicho idioma y mensualmente, por ahora, una revista internacional revolucionaria socialista y libertaria, en París.

Esta revista cuenta con colaboradores en todas las naciones, los que informarán á sus lectores acerca del movimiento social de todo el mundo.

Deseando darle toda la importancia posible, dicha revista será ilustrada (según los ingresos) y ya quince de los mejores dibujantes figuran como colaboradores.

Piensen bien nuestros camaradas acerca de la importancia que tendrá la pronta salida de tan notable publicación.

Por esta causa se hace un llamamiento:

1.º A los suscritores (la suscripción es de seis francos al año).

2.º A todos los que puedan colaborar regularmente en ella.

Todos nuestros amigos, partidarios de esta obra, deben enviar cuanto antes el importe de las suscripciones para que la revista aparezca el 1.º de enero de 1907, á nombre de R. Louis, rue Santoinge, 3.ª, París.

ECOS Y COMENTARIOS

Como era de esperar, no se descubre nada respecto del petardo que pusieron en el urinario de la Rambla de Barcelona.

El Ministro de la Gobernación dice que cree que son los anarquistas, de igual modo que nosotros podríamos decir que es el conde de Romanones.

Pero, por si acaso, dice el señor Ministro que es necesario reorganizar otra vez la policía de la capital catalana. Lo cual demuestra que tal vez no ignora por completo el señor Ministro quienes son los que colocan esos mal intencionados petardos.

Los clérigos de Hungría ofrecen al clero francés su adhesión y toda la protección moral que necesiten, pero se niegan en ab-

soluta á admitir á los sacerdotes y religiosos que abandonan la Francia con motivo de las recientes luchas entre el poder civil y el eclesiástico.

Estos húngaros son mucho más inteligentes que los burgueses de por aquí que no tienen escrúpulo en dejar entrar en sus casas al cura, que tan caro les cuesta, en dinero y en honra.

Por nuestra parte felicitamos á los clérigos húngaros y que se fastidien los burgueses españoles.

El País, diario republicano madrileño, califica de «suceso misterioso» la muerte del arzobispo electo de Sevilla, que fué obispo de Menorca, señor Castellote, y haciendo entrar en el juego á los jesuitas y manifestando sus dudas de que la muerte sea natural.

Menos mal que los jesuitas, conocidos de todo el mundo desde que Pascal publicó sus *Cartas Provinciales*, apliquen su criterio moral y sus malas artes contra los «principes de la Iglesia.»

Porque de estas luchas, tanto si los jesuitas matan á los obispos, como si los obispos matan á los jesuitas, el pueblo siempre saldrá ganando.

J. Guillermo Osorio, de Caguas (Puerto Rico) nos encarga avisemos á los compañeros que le envían folletos, libros y periódicos, no le incluyan las facturas dentro de los paquetes, porque esto origina trastornos y pérdidas, teniendo luego que pagar recargo á la Administración de Correos.

(Se desea la reproducción de este suelto en toda la prensa obrera.)

Actos civiles

Por descuido involuntario dejamos de dar cuenta en nuestro último número de la unión civil de los compañeros Pedro Dalmedo Gomila y Juana Morro Olives, verificada ante el Juzgado Municipal de esta ciudad.

Esta última semana se han unido también civilmente nuestros amigos Antonio Sintés y Margarita Coda.

Con el nombre de Justo ha sido inscrito en el Registro Civil de esta ciudad un hijo de los compañeros Ramón Saura y Agueda Crespo.

PAPEL IMPRESO

Individualismo é Individualismo, por Máximo Dubinski, traducido por José Prat.—El fundamento de la publicación de este folleto se muestra en la siguiente alocución del grupo editor:

«Hemos creído oportuna la publicación de este folleto en estos momentos en que los «individualistas puros» —así se llaman á sí mismos los discípulos de Stirner, de Nietzsche y de Mackay— pretenden poner en tela de juicio el individualismo de los socialistas anarquistas.

»Comunistas, tenemos empeño en afirmar que somos individualistas: anarquistas, que somos asimismo socialistas. Pero nuestro individualismo no es el individualismo agresivo de Nietzsche ni el individualismo absoluto de Stirner, que niegan todo lazo de solidaridad entre los hombres, y exaltan,

á semejanza del individualismo burgués, el triunfo del más fuerte —sin que se nos defina bien el término «fuerza»— y el aplastamiento de los más débiles.

»El folleto de Dubinski tiene el mérito de dejar bien sentada la compatibilidad de los términos comunismo é individualismo anárquicos. Estamos identificados con la apreciación de su autor y lo damos á la estampa á fin de contribuir en la medida de nuestras fuerzas al esfuerzo intentado para evitar que en el campo anarquista arraigue, con el nombre de individualismo, este «burguesismo» pseudo-anarquista de los discípulos de Stirner y de Nietzsche, que no es más que una modalidad del individualismo de la burguesía.»

Tan interesante folleto se vende á 15 céntimos ejemplar y 3 pesetas el paquete de 50 ejemplares, dirigiéndose al administrador de *Salud y Fuerza*, plaza Comercial, 8.—Barcelona.

Hacia el Porvenir, por Venancio Cruz.—Con claridad y sencillez en esta obrita se combaten los prejuicios religiosos y políticos, se desvanece el pesimismo y se presenta el ideal brillante de la sociedad futura.

Ha sido editado en la Tipografía «La República Española» de San Juan de Puerto Rico.

CORRESPONDENCIA

San Feliu de Guixols.—J. P. Debes ahora 6'55 pesetas.

París.—J. M. Servimos suscripción. Puedes hacer el pago como mejor te parezca.

Martos.—R. C. C. Recibido 4 pesetas. Recibido también el certificado á que te referes. Enviaré folletos.

Habana.—J. G. Recibidos los folletos. Escribiré.

Toledo.—J. A. Servimos suscripción.

Caguas.—J. G. O. Damos por recibidas las 40 pesetas que dices has enviado á Guardiola. Enviaré folletos.

Santa Cruz de Tenerife.—«Luz y Vida». J. Guillermo Osorio, de Caguas (Puerto Rico) desea le envíeis 100 ejemplares de *Crimen y Criminales*.

Santander.—M. M. Recibido 20 pesetas. Tu cuenta no confronta con la nuestra, habiendo una pequeña diferencia. Escribiré.

Igualada.—F. C. Recibido 4 pesetas por conducto de *Tierra y Libertad*. Tienes pagado hasta fin de año.

Biblioteca de

«El Porvenir del Obrero»

- 1 **La Ganancia**—*Consideraciones generales según el criterio libertario*, por Anselmo Lorenzo; 15 céntimos.
- 2 **El Patrimonio Universal**—*Conferencia sociológica*, por Anselmo Lorenzo; 15 céntimos.
- 3 **La Anarquía**—por Elíseo Reclus; 15 céntimos.
- 4 **La Mujer**—*Consideraciones generales sobre su estado ante las prerrogativas del hombre*, por Teresa Claramunt; 15 céntimos.

El Porvenir del Obrero

CONDICIONES

Suscripción: Trimestre 1 pta.
Paquete de 25 ejmps. 75 cént.
Número suelto 5 »

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Castillo, 170. Mahón (Baleares).

Imprenta de «El Porvenir del Obrero»—Castillo 170, Mahón.